

NELE NEUHAUS

**ALGUNAS HERIDAS  
NUNCA SE CURAN**

*Traducción:*

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

*Para Anne*

Este libro es una novela.  
Todos los personajes y la trama  
son fruto de mi imaginación.

## PERSONAJES:

**Améry, Henri:** Director de la empresa de seguridad K-Secure, encargada de la vigilancia de la familia Kaltensee.

**Behnke, Frank:** Inspector del equipo de Bodenstein.

**Bodenstein, Cosima:** Esposa de Oliver Bodenstein.

**Bodenstein, Oliver von:** Inspector jefe de la sección de Homicidios de la comisaría de Hofheim.

**Böhme, Ronnie:** Ayudante del forense Henning Kirchhoff.

**Ehrmann, Katharina:** Editora de Thomas Ritter y antigua amiga de Jutta Kaltensee.

**Engel, Nicola:** Subcomisaria que ha llegado a la comisaría de Hofheim para suceder al comisario Nierhoff en el cargo.

**Fachinger, Kathrin:** Agente del equipo de Bodenstein.

**Frings, Anita:** Amiga de juventud de Vera Kaltensee.

**Goldberg, David Josua (Jossi):** Judío alemán emigrado a Estados Unidos que ha regresado al Taunus.

**Hasse, Andreas:** Inspector del equipo de Bodenstein.

**Horowitz, Miriam:** Amiga de la infancia de la inspectora Pia Kirchhoff.

**Kaltensee, Elard:** Hijo mayor de Vera Kaltensee, catedrático de Historia del Arte.

**Kaltensee, Jutta:** Hija pequeña de Vera Kaltensee, política.

**Kaltensee, Marleen:** Hija de Sigbert y nieta de Vera Kaltensee.

**Kaltensee, Sigbert:** Hijo mediano de Vera Kaltensee y director de la empresa familiar.

**Kaltensee, Vera:** Matriarca de la familia Kaltensee.

**Kirchhoff, Henning:** Forense y exmarido de Pia Kirchhoff.

**Kirchhoff, Pia:** Inspectora y compañera habitual de Oliver Bodenstein.

**Kramer, Monika:** Novia de Robert Watkowiak.

**Nierhoff, Heinrich:** Jefe de la comisaría de Hofheim.

**Nowak, Auguste:** Abuela de Marcus Nowak.

**Nowak, Manfred:** Padre de Marcus Nowak.

**Nowak, Marcus:** Arquitecto restaurador que espera la concesión de las obras de rehabilitación del casco antiguo de Frankfurt.

**Nowak, Christina (Tina):** Mujer de Markus Nowak.

**Ostermann, Kai:** Inspector del equipo de Bodenstein.

**Ritter, Thomas:** Antiguo ayudante personal de Vera Kaltensee.

**Schneider, Herrmann:** Anciano de ideología filonazi.

**Sander, Christoph:** Director del Opel Zoo de Kronberg y actual compañero sentimental de la inspectora Pia Kirchhoff.

**Watkowiak, Robert:** Hijo natural acogido por los Kaltensee.

#### **LUGARES DEL TAUNUS:**

**Birkenhof:** Granja rodeada de abedules propiedad de la inspectora Pia Kirchhoff.

**El Molino:** Finca señorial de la familia Kaltensee.

**Fischbach:** Pequeña localidad del Taunus donde vive la familia Nowak.

**Galería de Arte de Frankfurt:** Lugar de trabajo y antigua residencia de Elard Kaltensee, su director.

**Hofheim:** Ciudad del Taunus donde se encuentra la comisaría de la Policía Judicial.

**Kelkheim:** Localidad en la que hallan el cadáver de David Goldberg.

**Königstein:** Ciudad del Taunus cuyo castillo es propiedad del hermano de Oliver Bodenstein, que regenta un restaurante en su interior.

**Vistas del Taunus:** Residencia de ancianos en la que vive Anita Frings.

**Wuppertal:** Localidad donde reside Herrmann Schneider.

#### **LUGARES DE LA ANTIGUA PRUSIA ORIENTAL QUE APARECEN EN LA NOVELA:**

**Doba:** Población cerca de lago de Doben donde se halla el castillo Zeydlitz-Lauenberg.

**Otras poblaciones cercanas:**

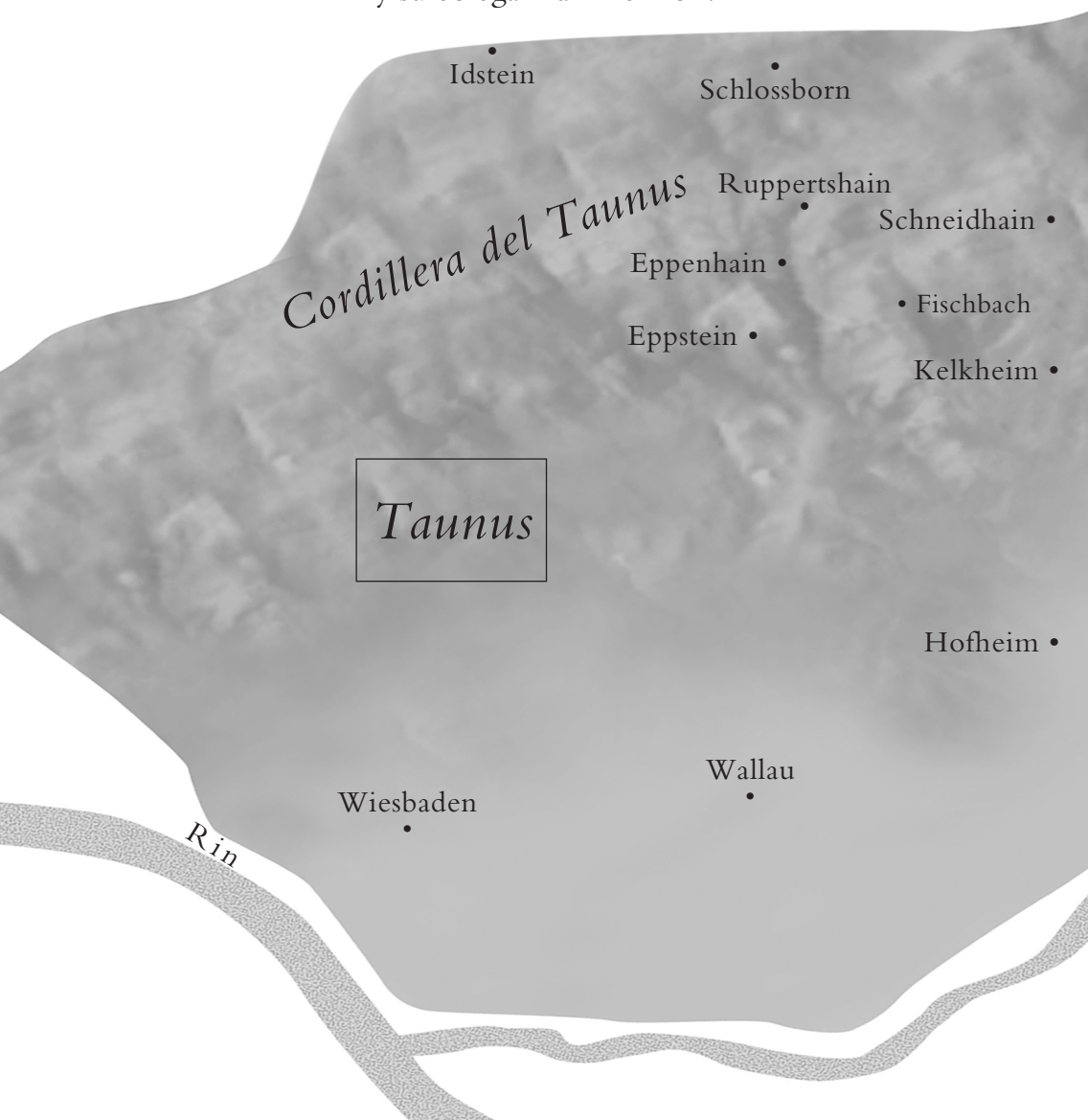
**Angerburg,** también conocido como Wegorzewo, **Lauenburg** y **Steinort.**

# El mundo de Nele Neuhaus

## EL TAUNUS

El Taunus, una región cercana a Frankfurt, es un paisaje dominado por la cordillera que le da nombre. Lleno de valles pintorescos, es el escenario de la serie policíaca de Nele Neuhaus.

Su papel en las tramas es tan importante como el de los personajes protagonistas, el inspector jefe Oliver von Bodenstein y su colega Pia Kirchhoff.



*Cordillera del Taunus*

Bad Homburg

Zoológico  
de Kronberg

Königstein

Kronberg

*Valle de Schmiehbach*

Bad Soden

Eschhain

Sulzbach

• Hof Hausen

Unterliederbach

Frankfurt  
★

Höchst

Meno

## Prólogo

Nadie de su familia había entendido la decisión de pasar los últimos años de su vida en Alemania, y menos aún él mismo. De repente había sentido que no quería morir en ese país que tan bien lo había tratado durante más de sesenta años. Añoraba leer los periódicos alemanes, el sonido de la lengua alemana en sus oídos. David Goldberg no había emigrado voluntariamente; en aquel entonces, en 1945, salir de Alemania había sido cuestión de vida o muerte, y él siempre había intentado llevar lo mejor posible la pérdida de su hogar. Sin embargo, ya no le quedaba nada que lo retuviera en Estados Unidos. Había comprado la casa de las inmediaciones de Frankfurt hacía casi veinte años, después de que Sarah muriera, para no tener que alojarse en hoteles anónimos cada vez que sus numerosas obligaciones profesionales y personales lo llevaban a Alemania.

Goldberg soltó un hondo suspiro y miró por la enorme cristalera hacia las estribaciones del Taunus, bañadas ya en una luz dorada por el sol del atardecer. Casi no recordaba el rostro de Sarah. Los sesenta años que había vivido en Estados Unidos eran los que más a menudo quedaban borrados de su memoria, e incluso le costaba trabajo acordarse de los nombres de sus nietos. Su recuerdo de los tiempos de antes de América, por el contrario, se había vuelto tanto más nítido, aunque hacía mucho que no pensaba en esa época. A veces, cuando despertaba tras una breve cabezada, tardaba varios minutos en comprender dónde estaba. Después contemplaba con desprecio sus manos nudosas y temblorosas, manos de anciano, con la piel llena de postillas y manchas propias de la edad. Envejecer no era ningún privilegio



—menuda tontería—, aunque por lo menos el destino le había ahorrado convertirse en un enfermo dependiente, desvalido y babeante, como muchos de sus amigos y compañeros de viaje, que no habían tenido la suerte de que un infarto los fulminara a tiempo. Él, en cambio, gozaba de una salud de hierro que no dejaba de asombrar a sus médicos, y llevaba años siendo prácticamente inmune a la mayoría de los achaques de la vejez. Eso tenía que agradecerse a la férrea disciplina con la que había logrado superar todas las pruebas a las que le había enfrentado la vida. Nunca se había abandonado; hasta ese mismo día se preocupaba de vestir con corrección y presentar un aspecto respetable. Goldberg se estremeció al pensar en su última y nada agradable visita a una residencia de ancianos. La visión de esos viejos arrastrándose por los pasillos en bata y zapatillas de estar por casa, con el pelo revuelto y la mirada vacía, como si fueran espíritus de otro mundo, o simplemente sentados sin nada que hacer, le había repugnado. La mayoría eran más jóvenes que él y, aun así, jamás habría permitido que nadie intentara meterlos a todos en el mismo saco.

—¿Señor Goldberg?

Se estremeció y volvió la cabeza. En la puerta vio a su cuidadora, cuya presencia y cuyo nombre olvidaba a menudo. ¿Cómo se llamaba? Elvira, Edith... Qué más daba. Su familia había insistido en que no viviera solo y le había buscado a esa mujer. Goldberg había rechazado a cinco aspirantes al puesto. No quería vivir bajo el mismo techo que una polaca o una asiática; además, para él, el físico de una persona era algo importante. Esa le había gustado enseguida: era grande, rubia, enérgica. Alemana, diplomada en Economía Doméstica y Enfermería. «Es solo por si acaso», había dicho Sal, su hijo mayor. Seguro que el chico le pagaba una fortuna, porque ella aguantaba todas sus manías y recogía las muestras de su creciente decrepitud sin inmutarse siquiera. La mujer se acercó a su sillón y lo examinó con la mirada. Él también le pasó revista. Iba maquillada, el escote de su blusa dejaba ver el comienzo de unos pechos con los que él soñaba alguna que otra vez. ¿Adónde

iría? ¿Tendría un novio con el que quedaba en sus noches libres? Goldberg le echaba como mucho cuarenta años, y era bastante atractiva. Pero no pensaba preguntárselo. No quería excesivas confianzas.

—¿Le parece bien si me voy ya? —Su voz tenía un deje ligeramente impaciente—. ¿Tiene usted todo lo que necesita? Le he dejado la cena y las pastillas preparadas, también...

Goldberg la interrumpió con un gesto de la mano. A veces lo trataba casi como si fuera un niño retrasado.

—Váyase ya —dijo, arisco—. Me las arreglaré.

—Mañana temprano, a las siete y media, estaré otra vez aquí. Eso Goldberg no lo dudaba. Puntualidad alemana.

—Ya le he planchado su traje oscuro para mañana, también la camisa.

—Que sí, que sí. Gracias.

—¿Quiere que conecte la alarma?

—No, lo haré yo mismo más tarde. Usted márchese ya. Que lo pase bien.

—Gracias. —Parecía sorprendida. Nunca le había deseado que lo pasara bien.

Goldberg oyó los tacones de sus zapatos resonar sobre el suelo de mármol del vestíbulo y, después, la pesada puerta de la casa al cerrarse. El sol ya había desaparecido tras las montañas del Taunus, anochecía. El anciano miró al exterior con semblante sombrío. Allí fuera, millones de jóvenes se preparaban para salir y entregarse a un placer despreocupado. Antes, una vez, él había sido uno de ellos, había sido un hombre apuesto, acomodado, influyente, admirado. A la edad de Elvira, no se habría detenido ni un segundo a pensar en esos viejos que, siempre con dolor de huesos y helados de frío, se sentaban en un sillón a esperar con una manta de lana sobre las rodillas artríticas la llegada del último gran acontecimiento de su vida: la muerte. Costaba creer que todavía no le hubiera llegado el turno también a él, que se había convertido en uno de esos fósiles, vestigio de un pasado gris a quien amigos, conocidos y compañeros de viaje habían precedido hacía ya mucho. Solo tres personas

quedaban en este mundo con quienes podía hablar de antaño y que lo recordaban de cuando todavía era joven y fuerte.

El sonido del timbre lo sacó de sus cavilaciones. ¿Ya eran las ocho y media? Seguro que sí. Ella siempre tan puntual, igual que esa Edith. Goldberg se levantó del sillón conteniendo un gemido. Había querido hablar urgentemente con él una vez más, sin testigos, antes de la fiesta de cumpleaños del día siguiente. Costaba hacerse a la idea de que también ella, la pequeña, fuese a cumplir ochenta y cinco años. Cruzó el salón y el vestíbulo con pasos anquilosados, lanzó una rauda mirada al espejo que había junto a la puerta y, con una mano, se alisó el pelo, blanco y todavía bastante espeso. Sabía que discutirían, pero aun así se alegraba de verla. Siempre se alegraba. Ella era el motivo principal por el que había regresado a Alemania. Abrió la puerta de la casa con una sonrisa.

Sábado, 28 de abril de 2007

**O**liver von Bodenstein apartó del fuego el cazo de la leche caliente, echó dos cucharadas de cacao en polvo y vertió la bebida humeante en una jarrita. Cosima había decidido prescindir de su adorado café mientras siguiera dando de mamar, y él se solidarizaba con ella de vez en cuando. Un chocolate caliente tampoco estaba nada mal. Su mirada se encontró con la de Rosalie, y Bodenstein sonrió al ver la expresión de censura de su hija de diecinueve años.

—Eso son por lo menos dos mil calorías —le dijo a su padre, arrugando la nariz—. ¡No sé cómo os lo podéis tomar!

—Ya ves, uno hace de todo por amor a sus hijos —repuso él.

—Yo en la vida renunciaría a mi café —afirmó ella, y dio un sorbo a su taza, como para recalcarlo.

—Espera y verás.

Bodenstein sacó dos tazas de porcelana del armario y las puso en una bandeja junto a la jarrita de chocolate. Cosima había vuelto a acostarse un rato después de que la niña la hubiera sacado de la cama a las cinco de la madrugada. La vida de todos ellos se había transformado por completo desde el nacimiento de Sophia Gabriela, el diciembre anterior. La sorpresa inicial ante la noticia de que Cosima y él iban a ser padres de nuevo le había supuesto primero una alegre ilusión que, sin embargo, después había dejado paso a cierta inquietud. Lorenz y Rosalie tenían veintitrés y diecinueve años, hacía tiempo que eran mayores y habían acabado los estudios. ¿Cómo sería volver a empezar desde el principio una vez más? ¿Estaban Cosima y él en condiciones de enfrentarse a algo así? ¿Nacería sano el bebé? Las

preocupaciones secretas de Bodenstein resultaron ser infundadas. Cosima había seguido trabajando hasta el día antes del parto, y los informes de la amniocentesis se habían corroborado tras el nacimiento de Sophia: la pequeña estaba completamente sana. Poco después, pasados apenas cinco meses, Cosima volvía a ir a su despacho cada día con la niña siempre a su lado, en el portabebés. En realidad, pensaba Bodenstein, todo estaba siendo mucho más fácil que con sus hijos anteriores. Era cierto que en aquel entonces ellos habían sido unos padres más jóvenes y vigorosos, pero también lo era que tenían poco dinero y una casa pequeña. Además, sabía lo mucho que había sufrido Cosima la otra vez por tener que dejar su tan querida profesión como reportera de televisión.

—¿Y tú, cómo es que estás en pie tan temprano? —le preguntó a su hija mediana—. Si hoy es sábado.

—Tengo que estar a las nueve en el castillo —respondió Rosalie—. Tenemos una celebración multitudinaria. Recepción con champán y, después, menú de seis platos para cincuenta y tres personas. Una de las amigas de la abuela celebra sus ochenta y cinco años allí.

—Caray.

Después de aprobar la selectividad el verano anterior, Rosalie había decidido no seguir estudiando y, en lugar de eso, entrar de aprendiz en la cocina del lujoso restaurante del hermano de Bodenstein, Quentin, y su cuñada Marie-Louise. Para sorpresa de sus padres, Rosalie estaba más que entusiasmada con la idea. No se quejaba de los horarios inhumanos ni de su estricto y colérico chef. Cosima sospechaba que precisamente ese chef, el temperamental cocinero de estrella Jean-Yves St. Clair, había sido la verdadera razón de la decisión de su hija.

—Nos han cambiado por lo menos diez veces los platos del menú, la selección de vinos y el número de invitados. —Rosalie metió su taza de café en el lavavajillas—. Tengo curiosidad por ver si se les ha ocurrido alguna novedad más.

Sonó el teléfono. En una mañana de sábado y a las ocho y media, la experiencia le decía a Bodenstein que eso no auguraba

nada bueno. Rosalie fue a contestar y poco después volvió a entrar en la cocina con el inalámbrico.

–Para ti, papá –dijo, le alcanzó el aparato y se despidió con un breve gesto.

El inspector jefe suspiró. Seguro que ya podía olvidarse del paseo por el Taunus y la agradable comida con Cosima y Sophia. Sus temores se confirmaron en cuanto oyó la voz tensa de la inspectora Pia Kirchhoff.

–Tenemos un cadáver. Ya sé que hoy estoy de guardia yo, pero creo que deberías pasarte un momento por aquí, jefe. El hombre era un pez gordo. Y americano, además.

Eso sonaba claramente a fin de semana frustrado.

–¿Dónde? –preguntó Bodenstein, sucinto.

–No te queda lejos. En Kelkheim: Drosselweg, 39a. David Goldberg. El ama de llaves lo ha encontrado esta mañana a las siete y media.

El inspector jefe prometió darse prisa, después le llevó el chocolate a su mujer y le comunicó la mala noticia.

–Habría que prohibir los cadáveres en fin de semana –murmuró Cosima antes de bostezar con ganas.

Bodenstein sonrió. En sus veinticuatro años de matrimonio, ella jamás había reaccionado con rabia o mal humor cuando él tenía que salir de repente y acababa, así, con los planes del día. Cosima se sentó en la cama y tomó la taza de la bandeja.

–Gracias. ¿Adónde tienes que ir?

Bodenstein sacó una camisa del armario.

–A Drosselweg. La verdad es que podría acercarme a pie. El hombre se llamaba Goldberg, era americano. Kirchhoff teme que la cosa acabe complicándose.

–Goldberg... –repitió Cosima, dándole vueltas y arrugando la frente—. Ese nombre lo he oído hace poco en alguna parte, pero no sé dónde.

–Por lo visto era un pez gordo. –Bodenstein se decidió por una corbata de estampado azul y se puso una americana.

–¡Ah, sí, ya me acuerdo! –exclamó Cosima—. Fue la mujer de la floristería. Su marido le sirve flores frescas a Goldberg cada

dos días. Se vino a vivir aquí hará medio año. Antes solo ocupaba la casa temporalmente, cuando estaba en Alemania de visita. Me explicó que había oído decir que el hombre fue asesor del presidente Reagan.

—Pues, entonces, debía de ser bastante mayor. —Bodenstein se inclinó sobre su mujer y le dio un beso en la mejilla.

Ya tenía la cabeza puesta en lo que le estaba esperando. Como cada vez que lo llamaban al escenario de un crimen, le había sobrevenido una mezcla de palpitaciones y angustia que no desaparecía hasta que veía el cadáver.

—Sí, era bastante mayor. —Ensimismada, Cosima dio un sorbo a su chocolate, que ya estaba más tibio que caliente—. Pero había algo más...

Además de él y del sacerdote con sus dos monaguillos medio dormidos, a la misa de San Leonardo únicamente habían acudido unas cuantas viejecitas que solo habían salido tan temprano de casa por miedo al definitivo final que las acechaba, o bien a la perspectiva de pasar otro día solas y aburridas. Estaban repartidas por el primer tercio de la nave de la iglesia, sentadas en los duros bancos de madera y escuchando con atención la voz monótona del sacerdote, que de vez en cuando intentaba disimular un bostezo. Marcus Nowak se había arrodillado en el último banco y miraba hacia delante sin ver nada. La casualidad lo había llevado a esa iglesia del centro de Frankfurt, donde no lo conocía nadie. En el fondo, había esperado que el familiar y reconfortante desarrollo de la misa le devolviera la paz a su mente, pero no lo había conseguido. Más bien todo lo contrario. Aunque ¿cómo se le había ocurrido esperar algo así, si hacía años que no pisaba una iglesia? Tenía la sensación de que, solo con mirarlo, todo el mundo vería en su cara lo que había hecho la noche anterior. ¡No era uno de esos pecados de los que se libraba uno en el confesionario y que se redimían con diez padrenuestros! Ni siquiera se sentía digno de estar ahí sentado, esperando el perdón de Dios, porque su arrepentimiento no era auténtico. Notó cómo le afluía

la sangre a la cara solo con pensar en lo mucho que le había gustado, el placer y la satisfacción que había obtenido. Cerró los ojos. Todavía veía el rostro del otro ante sí: cómo lo había mirado y al final se había arrodillado frente a él. Dios mío, pero ¿cómo había podido caer en algo semejante? Apoyó la frente en las manos unidas y, al cobrar consciencia de la trascendencia de sus actos, sintió resbalar una lágrima por su mejilla sin afeitar. Su vida nunca volvería a ser la misma. Se mordió los labios, abrió los ojos y contempló sus manos con cierta repugnancia. Ni en mil años podría limpiarse esa culpa. Y sin embargo, lo peor de todo era que volvería a repetirlo en cuanto se le presentara la ocasión. Si su mujer, sus hijos o sus padres llegaran a enterarse algún día... jamás lo perdonarían. Se le escapó un suspiro tan insondable que dos de las viejecitas de las primeras filas se volvieron sobresaltadas hacia él. Enseguida hundió otra vez la cabeza en las manos y maldijo sus creencias, que lo habían hecho prisionero de los preceptos morales con los que había crecido. Aun así, por muchas vueltas que quisiera darle, no había clemencia posible mientras no lamentara sinceramente sus actos. Sin arrepentimiento no había penitencia, no había perdón.

El anciano estaba arrodillado sobre el brillante suelo de mármol del vestíbulo de la casa, a apenas tres metros de la puerta principal. Tenía el torso inclinado hacia delante y su cabeza yacía en un charco de sangre coagulada. Bodenstein prefería no imaginar qué aspecto tendría su cara, o lo que quedara de ella. La bala mortal había entrado por la nuca; el pequeño agujero oscuro resultaba engañosamente insignificante. La salida de la bala, por el contrario, había causado unos daños considerables. Sangre y masa encefálica habían salpicado por todo el recibidor, se habían pegado al papel de seda de estampado discreto que cubría las paredes, a los marcos de las puertas, a los cuadros y al gran espejo veneciano que había junto a la entrada.

—Hola, jefe. —Pia Kirchhoff cruzó la puerta del final del vestíbulo.



Hacía apenas dos años que pertenecía al equipo de la K 11 de la comisaría local de la Policía Judicial de Hofheim y, aunque solía madrugar más que nadie, esa mañana se la veía bastante dormida. Bodenstein sospechaba el motivo, pero evitó hacer ningún comentario al respecto y la saludó con la mano.

—¿Quién lo ha encontrado?

—El ama de llaves. Ayer tenía la noche libre, ha llegado a la casa esta mañana sobre las siete y media.

Los compañeros de la Policía Científica aparecieron entonces, le echaron un vistazo rápido al cadáver desde la puerta y se pusieron los monos blancos desechables y los guantes de látex antes de entrar.

—¡Inspector jefe! —gritó uno de ellos, y Bodenstein se volvió hacia la puerta—. Aquí hay un teléfono móvil. —El agente rescató el teléfono del arriate de flores que había junto a la puerta con su mano derecha enguantada.

—Llévóslo —repuso Bodenstein—. A lo mejor tenemos suerte y pertenece al asesino.

Se volvió. Un rayo de sol que entraba por la puerta cayó sobre el gran espejo y lo hizo relucir unos instantes. Bodenstein se quedó de piedra.

—¿Has visto eso? —le preguntó a su compañera.

—¿A qué te refieres?

Pia Kirchoff se acercó. Llevaba la melena rubia recogida en dos trenzas y ni siquiera se había pintado los ojos, un claro indicio de que esa mañana había salido de casa deprisa y corriendo.

Bodenstein señaló el espejo. Entre las salpicaduras de sangre había unos números dibujados. Pia entornó los ojos y contempló las cinco cifras con detenimiento.

—Uno, seis, uno, cuatro, cinco. ¿Qué significa?

—Ni la más remota idea —reconoció Bodenstein, y fue con cuidado para no destruir pruebas al pasar junto al cadáver.

No entró directamente en la cocina, sino que se asomó antes a las salas que daban a la zona de la entrada y el pasillo. La casa tenía una sola planta, pero era más grande de lo que parecía desde el exterior. Lucía una decoración anticuada, muebles

macizos de estilo decimonónico, nogal y roble con tallas. Los suelos de moqueta color beis del salón estaban cubiertos por desteñidas alfombras persas.

—Debió de tener visita. —Pia señaló hacia la mesita de café, sobre cuya superficie de mármol había dos copas, una botella de vino tinto y, a su lado, un cuenquito de porcelana blanca con huesos de aceituna—. La puerta de entrada no estaba forzada, y en el primer examen superficial no hemos encontrado señales de robo. A lo mejor hasta se tomó algo con su asesino.

Bodenstein se acercó a la mesita baja, se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos para leer mejor la etiqueta de la botella.

—Qué barbaridad. —Estiró los dedos hacia ella, pero justo entonces se dio cuenta de que no se había puesto guantes.

—¿Pasa algo? —preguntó la inspectora.

Bodenstein se irguió.

—Es un Château Pétrus de 1993. —Y contempló con veneración la modesta botella verde cuya etiqueta llevaba, justo en el centro, esos trazos rojos tan respetados en el mundo del vino—. Esta botella cuesta más o menos lo mismo que un utilitario.

—Increíble...

Bodenstein no sabía si su compañera se refería a lo loco que había que estar para gastarse tantísimo dinero en una botella de vino, o al hecho de que la víctima, poco antes de su muerte o tal vez incluso con su asesino, hubiera disfrutado de un caldo tan noble.

—¿Qué sabemos del muerto? —preguntó después de comprobar que solo se habían bebido la mitad del vino. Sintió verdadera lástima al pensar que el resto acabaría tirándose por el fregadero sin ningún miramiento antes de que la botella llegara al laboratorio.

—Goldberg vivía aquí desde octubre del año pasado —explicó Pia—. Era alemán, pero había pasado más de sesenta años afinado en Estados Unidos y, por lo visto, llegó a ser un hombre bastante importante allí. El ama de llaves dice que su familia tiene dinero.

—¿Vivía solo? Era ya muy mayor, ¿no?

—Noventa y dos años, pero tenía mucha vitalidad. El ama de llaves vive en el apartamento del sótano. Libra dos noches por semana, la del sabbat y otra de su elección.

—¿Goldberg era judío? —La mirada de Bodenstein recorrió la sala y se detuvo en un candelabro de bronce con siete brazos que había en un aparador. Las velas de la menorá no se habían encendido nunca.

Entraron en la cocina, que en comparación con el resto de la casa era luminosa y moderna.

—Esta es Eva Ströbel —dijo Pia, presentándole a su jefe a la mujer que estaba sentada a la mesa de la cocina y que en ese momento se puso de pie—. El ama de llaves del señor Goldberg.

Era una mujer alta. Aunque llevaba zapatos planos, apenas tenía que levantar la cabeza para mirar a Bodenstein a los ojos. Él le tendió una mano y se fijó en su palidez. Todavía se le veía el susto. La mujer les explicó que Sal Goldberg, el hijo de la víctima, la había contratado hacía siete meses como ama de llaves y cuidadora de su padre. Desde entonces vivía en el apartamento del sótano y se ocupaba del anciano y de la casa. Goldberg, por lo visto, era aún muy independiente, mentalmente activo y disciplinado en extremo. Para él, era de suma importancia disfrutar de una jornada ordenada y con tres comidas al día. Rara vez salía de casa. La relación de la mujer con Goldberg era distante pero buena.

—¿Recibía visitas a menudo? —quiso saber Pia.

—No muchas, pero sí alguna que otra —contestó la mujer—. Su hijo viene todos los meses de Estados Unidos y se queda dos o tres días. Y de vez en cuando se acerca a verlo algún conocido, pero sobre todo por las noches. Nombres no puedo darles ninguno, nunca me presentaba a sus invitados.

—¿También anoche esperaba visita? En la mesita de la sala hay dos copas y una botella de vino tinto.

—Entonces es que debió de venir alguien —dijo el ama de llaves—. Yo no he comprado ningún vino, y en la casa tampoco lo hay.

—¿Podría decirnos si falta algo?

—Aún no he ido a ver. Cuando he entrado y... y he visto al señor Goldberg ahí tirado, he llamado a la Policía y he esperado delante de la puerta. —Hizo un gesto indeterminado con la mano—. Quiero decir que, como había tanta sangre por todas partes... he tenido claro que no podía hacer nada más por él.

—Ha actuado usted correctamente. —Bodenstein le sonrió con simpatía—. Por eso no se preocupe. ¿Cuándo salió de casa, anoche?

—Sobre las ocho. Le había preparado ya la cena y sus pastillas.

—¿A qué hora regresó? —preguntó Pia esta vez.

—Hoy por la mañana, poco antes de las siete. El señor Goldberg valoraba mucho la puntualidad.

El inspector jefe asintió. Entonces recordó las cifras escritas en el espejo.

—¿Le dice algo el número 16145? —preguntó.

El ama de llaves lo miró sorprendida y negó con la cabeza.

Oyeron que alguien levantaba la voz en la entrada. Bodenstein se volvió hacia la puerta y constató que había llegado nada menos que el doctor Henning Kirchhoff, director en funciones del Instituto Anatómico Forense de Frankfurt y exmarido de su compañera. Años atrás, durante el tiempo que había pasado en la K 11 de Frankfurt, Bodenstein había trabajado a menudo con Kirchhoff, y su colaboración siempre había sido buena. El hombre era un gran experto en su profesión, un científico brillante con una actitud en el trabajo que rayaba la obsesión, además de uno de los pocos especialistas en antropología forense de toda Alemania. Si al final se confirmaba que Goldberg, efectivamente, había sido un personaje importante en vida, el interés público y político haría aumentar muchísimo la presión sobre la K 11. Tanto mejor, pues, que un especialista reconocido como Kirchhoff se hiciera cargo del levantamiento del cadáver y la autopsia. Así, por muy evidente que pudiera parecer la causa de la muerte, Bodenstein podría trabajar basándose en los resultados del forense.

—Hola, Henning —oyó Bodenstein que decía la voz de la inspectora, detrás de él—. Gracias por venir tan deprisa.

—Tus deseos son órdenes. —Kirchhoff se acuclilló junto al cadáver de Goldberg y lo examinó con la mirada—. Así que el viejo sobrevivió a la guerra y a Auschwitz, para acabar asesinado en su propia casa. Increíble.

—¿Lo conocías? —Pia parecía sorprendida.

—En persona, no. —Kirchhoff levantó la mirada—. Pero estaba muy bien considerado en Frankfurt, y no solo por la comunidad judía. Si no recuerdo mal, fue un hombre importante en Washington y asesor de la Casa Blanca durante décadas, incluso fue miembro del Consejo de Seguridad Nacional. Estaba medido en la industria armamentística. También hizo mucho por la reconciliación entre Alemania e Israel.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —oyó Bodenstein que preguntaba su compañera con recelo—. No te habrás tomado la molestia de buscarlo un momento en Google para impresionarnos, ¿no?

El doctor Kirchhoff se incorporó y le dirigió una mirada ofendida.

—No. Lo leí en alguna parte y se me quedó grabado.

Pia lo dejó correr. Su exmarido tenía memoria fotográfica y una inteligencia superior a la media. En las relaciones personales, por el contrario, presentaba grandes deficiencias: era un cínico y un misántropo.

El forense se hizo a un lado para que el agente de la Científica pudiera sacar las fotografías necesarias del escenario del crimen. Pia le señaló los números del espejo.

—Hmmm. —Kirchhoff contempló las cinco cifras más de cerca.

—¿Qué podría significar? —preguntó Pia—. Tiene que haberlo escrito el asesino, ¿no?

—Es de suponer —afirmó el forense—. Lo han hecho mientras la sangre seguía fresca. Pero, en cuanto a su significado... Ni idea. Deberíais llevaros el espejo y hacer que lo analicen.

Se volvió de nuevo hacia el cadáver.

—Ah, sí, Bodenstein —dijo, como de pasada—. Echo en falta su pregunta sobre la hora de la muerte.

—No suelo preguntarlo hasta pasados diez minutos —repuso el inspector jefe con sequedad—. Por mucha fe que tenga en usted, todavía no lo considero un vidente.

—Pues me atrevería a afirmar sin ninguna reserva que la muerte se produjo a las once y veinte minutos.

Bodenstein y Pia se lo quedaron mirando, atónitos.

—El cristal de su reloj se ha roto —Kirchhoff señaló la muñeca izquierda de la víctima— y las agujas se han detenido. En fin, seguramente se levantará un buen revuelo cuando se sepa que han matado a Goldberg de un tiro.

A Bodenstein le pareció una forma muy comedida de expresarlo. No le apetecía en absoluto la perspectiva de que el debate sobre el antisemitismo pudiera poner la investigación en el foco de la opinión pública.

Los momentos en los que Thomas Ritter se veía a sí mismo como un cerdo siempre pasaban deprisa. A fin de cuentas, el fin justificaba los medios. Marleen seguía creyendo que había sido el azar lo que había hecho que aquel día de noviembre él entrara en la cafetería adonde ella iba siempre a comer. La segunda vez, se habían encontrado «por casualidad» frente a la consulta del fisioterapeuta en la que ella entrenaba todos los jueves a las 19.30 para superar el hándicap de su discapacidad. Ritter llevaba bastante tiempo preparando aquel cortejo, pero de todas formas era sorprendente lo deprisa que había sucedido todo. Había invitado a Marleen a cenar al Erno's Bistro, aunque el sitio excedía con mucho sus posibilidades económicas y redujo de manera alarmante el generoso adelanto de la editorial. Había investigado con discreción hasta qué punto conocía ella su situación en esos momentos, pero, para su tranquilidad, la chica no tenía la menor idea de nada y simplemente se alegró de reencontrarse con un antiguo conocido. Siempre había sido una solitaria, y la pérdida de media pierna y la prótesis la habían convertido en una persona

más reservada todavía. Tras el champán del aperitivo, él había pedido un sensacional Pomerol Château l'Église-Clinet de 1994 que costaba más o menos lo mismo que le debía a su casero, y había tenido la habilidad de conseguir que ella le explicara cosas suyas. A todas las mujeres les gustaba hablar de sí mismas, incluso a la introvertida Marleen. Así supo de su trabajo como archivera en un gran banco alemán y de la enorme decepción que había sufrido al descubrir que su marido, estando casado con ella, había tenido dos hijos con su amante. Después de dos copas de vino, Marleen había perdido ya todo su recato. De haber sospechado lo mucho que desvelaba su lenguaje corporal a ojos de él, seguro que se habría muerto de vergüenza. Estaba necesitada de amor, de atención y cariño, y como mucho a los postres, que ella apenas tocó, Ritter sabía ya que esa misma noche conseguiría llevársela a la cama. Así que esperó pacientemente a que fuese Marleen quien diera el primer paso y, en efecto, una hora después ya habían llegado a ese punto. A él no le había sorprendido su confesión, susurrada sin aliento, de que quince años atrás había estado enamorada de él. Durante la época en que entraba y salía a su antojo de casa de los Kaltensee, había visto muchas veces a la chica, la nieta preferida de su abuela, y le había dedicado unos cumplidos que no recibía de nadie más. Solo con eso, ya en aquel entonces le había conquistado el corazón, como si hubiese sospechado que algún día podría serle útil. Al entrar en el piso de Marleen –ciento cincuenta metros cuadrados de decoración exquisita en un antiguo y elegante edificio de techos estucados y suelos de parqué en el acomodado Westend de Frankfurt–, Ritter se había visto dolorosamente enfrentado a todo lo que había perdido junto con el respeto de la familia Kaltensee, y se había jurado recuperar no solo lo que le habían quitado, sino mucho más.

Ya solo faltaba medio año.

Thomas Ritter había planeado su venganza con gran astucia y mucha paciencia, y la siembra empezaba a dar sus frutos. Se volvió sobre la espalda y estiró las extremidades con apatía. En el cuarto de baño anexo se oía la cadena del váter por tercera

vez consecutiva. Marleen tenía muchas náuseas por las mañanas, pero el resto del día se encontraba bien, así que de momento nadie se había dado cuenta de su embarazo.

—¿Estás mejor, cariño? —exclamó, y contuvo una sonrisa de satisfacción.

Para ser una mujer tan inteligente, le sorprendía lo fácil que había sido colársela. Ni siquiera había sospechado que él, justo después de su primera noche de amor, había remplazado sus anticonceptivos por un placebo inocuo. Al llegar a casa una tarde de hacía unos tres meses, Thomas se la había encontrado sentada a la mesa de la cocina, llorosa y fea, delante de un test de embarazo positivo. Fue como haber acertado un pleno en la lotería, con número complementario incluido. La sola idea de cómo se enfurecería la matriarca cuando se enterara de que precisamente él había dejado embarazada a su queridísima princesa heredera había sido el más potente de los afrodisíacos. Al principio había estrechado a Marleen entre sus brazos con cierta consternación, pero después se había ido animando y, al final, se la había tirado allí mismo, encima de la mesa.

Marleen salió del baño pálida y sonriente. Se metió bajo el edredón y se acurrucó a su lado. Aunque el olor a vómito se le metía por la nariz, Thomas la apretó contra sí.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Desde luego que sí —respondió ella con seriedad—. Si a ti no te importa casarte con una Kaltensee.

Era evidente que no le había contado a nadie de su familia ni lo de su relación ni lo de su embarazo. ¡Qué chica más valiente! Al cabo de dos días, el lunes a las diez menos cuarto, tenían cita en el Registro Civil del viejo Ayuntamiento de Frankfurt, y, como mucho a las diez, Thomas pertenecería oficialmente a ese clan al que odiaba con toda su alma. ¡Ay, qué alegría poder enfrentarse de nuevo a ellos siendo el legítimo esposo de Marleen! Sintió crecer una erección involuntaria al pensar en su fantasía preferida. Marleen lo notó y soltó una risita.

—Pero tendremos que darnos prisa —susurró—. Dentro de una hora, como máximo, he de estar en casa de la abuela para...



Él le cerró la boca con un beso. ¡Al diablo con la abuela! Pronto, muy pronto lo habría conseguido. ¡El día de la venganza estaba al alcance de su mano! Pero no harían el anuncio formal hasta que Marleen tuviera la barriga bien hinchada.

—Te quiero —le susurró sin sentir ni un ápice de mala conciencia—. Estoy loco por ti.

Vera Kaltensee, flanqueada por sus hijos Elard y Sigbert, ocupaba el lugar de honor en el centro de la magnífica mesa de la gran sala del castillo de Bodenstein, y estaba deseando que su cumpleaños acabara de una vez. Por supuesto, la familia al completo había aceptado su invitación, pero eso significaba poco para ella, ya que precisamente los dos hombres en cuya compañía le hubiese gustado celebrar ese día faltaban entre los presentes. Y la culpa era solo suya. Con uno se había peleado justo el día anterior por una nadería —qué infantil, que él le guardara rencor y por eso no hubiese acudido—, al otro lo había desterrado de su vida un año antes. La decepción que le había supuesto el comportamiento insidioso de Thomas Ritter después de dieciocho años de estrecha colaboración y plena confianza le dolía todavía como una herida recién abierta. Vera no quería reconocerlo, pero en momentos de franqueza interior sospechaba que ese dolor tenía la cualidad de un auténtico mal de amores. Resultaba lamentable, a su edad, pero de todos modos así era. Thomas había sido su más íntimo confidente durante dieciocho años, su secretario, su consejero particular, su amigo; pero, por desgracia, nunca su amante. Vera jamás había echado tanto de menos a ninguno de los hombres de su vida como a ese pequeño traidor. Porque no era ninguna otra cosa. En el transcurso de su larga vida había tenido que comprobar que ese dicho de que «Nadie es irremplazable» no era cierto. No todo el mundo era tan fácil de sustituir, y Thomas menos aún. Muy pocas veces se permitía Vera echar la vista atrás, pero ese día, el día en que cumplía ochenta y cinco años, le parecía más que legítimo recordar,

aunque fuera brevemente, a todos aquellos que la habían ido dejando en la estacada. De algunos compañeros de viaje se había separado con mucho gusto, de otros le había resultado más difícil. Soltó un hondo suspiro.

—¿Te encuentras bien, mamá? —se interesó con inmediata preocupación Sigbert, su hijo mediano, que estaba sentado a su izquierda—. Casi no has probado la comida.

—Estoy bien. —Vera asintió y se obligó a sonreír para tranquilizarlo—. No te preocupes, cariño.

Sigbert estaba siempre tan pendiente de su bienestar y su reconocimiento que, a veces, casi le daba lástima. Vera volvió la cabeza un instante para mirar de reojo a su primogénito. Elard parecía ausente, como le sucedía a menudo desde hacía un tiempo, y se veía que no estaba siguiendo la conversación de la mesa. La noche anterior había dormido fuera de casa, otra vez. A su madre le habían llegado rumores de que tenía un lío con una japonesa, la pintora de talento que en esos momentos recibía el patrocinio de la fundación. Una chica de unos veintitantos, casi cuarenta años más joven que él. Pero, al contrario que el rechoncho y alegre Sigbert, que cuando cumplió los veinticinco ya había perdido hasta el último pelo de la cabeza, el paso del tiempo había sido benévolo con Elard, sí, que a sus sesenta y tres estaba casi más apuesto que nunca. ¡No era de extrañar que mujeres de todas las edades perdieran la cabeza por él! Siempre se comportaba como un *gentleman* de vieja escuela: elocuente, cultivado y agradablemente discreto. Era impensable imaginar a Elard en la playa, ¡en bañador! Incluso durante los días más calurosos del verano vestía de riguroso negro, a poder ser, y su atractiva mezcla de indiferencia y melancolía lo había convertido esos últimos años en objeto de deseo para todas las mujeres de su entorno. Herta, su mujer, enseguida se había resignado y había aceptado sin queja hasta el día de su muerte, unos años antes, que jamás tendría a un hombre como Elard para ella sola. Vera, sin embargo, sabía que tras la hermosa fachada que su primogénito mostraba al mundo se escondía algo muy diferente. Y, desde hacía una temporada, creía

haber detectado en él una transformación, una inquietud que nunca antes le había notado.

Dejó vagar la mirada mientras jugaba ensimismada con las perlas que llevaba al cuello. A la derecha de su hijo mayor estaba sentada su hija Jutta. Tenía quince años menos que Sigbert; un embarazo tardío que en realidad no habían planeado. Ambiciosa y decidida como era, a Vera le recordaba mucho a sí misma. Después de trabajar en prácticas en un banco, Jutta había estudiado Economía Nacional y Derecho, y hacía doce años que se había metido en política. Desde hacía ocho, ocupaba un escaño en el Parlamento del *land* de Hesse, y en ese tiempo había llegado a presidenta de su grupo parlamentario y, con toda probabilidad, sería elegida cabeza de lista de su partido para las elecciones regionales del año siguiente. Su plan a largo plazo era saltar a la política federal a través de la presidencia del *land*. Vera no dudaba de que su hija lo conseguiría. Y el apellido Kaltensee le sería de gran ayuda para ello.

Sí, no cabía duda, Vera podía considerarse absolutamente afortunada con el conjunto de su vida, su familia y sus tres hijos, todos los cuales habían encontrado su propio camino. De no ser por ese asunto con Thomas... Desde que tenía uso de razón, Vera Kaltensee había actuado con reflexión y maquinado con destreza. Había mantenido sus emociones bajo control, siempre había tomado las decisiones importantes con la cabeza fría. Siempre. Salvo en esa única ocasión. No había calculado las consecuencias y, a causa de la ira, de su orgullo herido y del pánico, había actuado con una precipitación total. Alcanzó la copa y bebió un trago de agua. Una sensación de amenaza la perseguía desde aquel día en que se había producido la ruptura definitiva con Thomas Ritter. Sobre ella se cernía una sombra que no había manera de ahuyentar.

Vera siempre había logrado circunnavegar los peligrosos escollos de su vida con astucia y coraje. Había superado las crisis, solucionado los problemas, rechazado con éxito los ataques; pero de pronto se sentía vulnerable, débil y sola. La imponente responsabilidad de la obra de toda una vida —el negocio y la

familia— ya no le proporcionaba placer, sino que le pesaba como una carga que le impedía respirar. ¿Era solo la edad, que poco a poco iba haciendo mella en Vera? ¿Cuántos años le quedaban todavía hasta que sus fuerzas la abandonaran y le hicieran perder el control sin remedio?

Observó los rostros alegres, despreocupados y sonrientes de sus invitados. El susurro de las voces, el tintineo de los cubiertos y la vajilla le llegaban como si vinieran de muy lejos. Vera se quedó mirando a Anita, su querida amiga de juventud, que por desgracia ya no podía ir a ningún sitio sin la silla de ruedas. ¡Costaba creer lo decrepita que se había quedado la siempre decidida y vital Anita! Tenía la sensación de que apenas habían pasado unos días desde que se apuntaran juntas a la escuela de baile y, más adelante, a la Liga de Muchachas Alemanas, como casi todas las chicas de la época. Anita había acabado encogida en su silla de ruedas como un fantasma delicado y pálido; la brillante melena castaño oscuro que solía lucir se había convertido en una pelusa blanca. Era una de las últimas amigas y compañeras de juventud que le quedaban a Vera, porque la mayoría había pasado ya a mejor vida. No, envejecer no era bonito, ir decayendo y verlos morir uno tras otro.

*Un sol agradable entre las ramas, el arrullo de las palomas. El lago tan azul como el cielo infinito sobre los bosques oscuros. El olor a verano, a libertad. Rostros jóvenes que contemplan la regata con el brillo de la emoción en la mirada. Los chicos del jersey blanco son los primeros en cruzar la línea de meta con su embarcación. Irradian orgullo, saludan. Vera lo ve: tiene el timón en la mano, es el capitán. Siente cómo se le acelera el corazón al verlo subir de un ágil salto al embarcadero. «¡Estoy aquí!», piensa Vera, y le hace señales con ambos brazos. «¡Mírame!» Al principio cree que el chico le sonríe, así que le grita un «¡Enhorabuena!» y alarga los brazos hacia él. El corazón le da un vuelco, porque él se acerca directo a ella, sonriente, deslumbrante. La decepción duele como una puñalada cuando Vera comprende que esa sonrisa no es para ella, sino para Vicky. Los celos le arden en la garganta. El chico abraza a la otra, le pasa un brazo por el hombro y desaparece con ella entre la multitud que los vitorea con*

*entusiasmo a él y a su equipo. Vera siente las lágrimas que asoman a sus ojos, el insondable vacío de su interior. Esa humillación, el rechazo delante de todos, es más de lo que puede soportar. Se vuelve hacia otro lado y aprieta el paso. La decepción se convierte en ira, en odio. Cierra los puños y echa a correr por el arenoso camino que bordea la orilla del lago. ¡Lejos, lejos de allí!*

Vera Kaltensee se estremeció, sobresaltada. ¿De dónde habían salido esas súbitas imágenes, esos recuerdos no deseados? Le costó contenerse y no mirar su reloj de pulsera. No quería parecer una desagradecida, pero todo aquel barullo, el aire cargado y las innumerables voces la estaban aturdiendo. Se obligó a concentrar su atención en el aquí y el ahora, como llevaba haciendo desde hacía sesenta años. En su vida siempre había existido un único camino hacia delante, nada de miradas nostálgicas e idealizadas al pasado. Esa era la razón por la que tampoco se había dejado captar nunca por ninguna asociación de desplazados o un círculo de compatriotas. La baronesa de Zeydlitz-Lauenburg había desaparecido del mapa el día de su boda con Eugen Kaltensee, y para siempre. Vera no había vuelto a poner un pie en la antigua Prusia Oriental. ¿Cómo era eso? Pues porque representaba un período de su vida que había cerrado irrevocablemente.

Sigbert dio unos golpecitos con el cuchillo en su copa, el vocerío se acalló, los niños fueron enviados de vuelta a sus sillas.

—¿Qué sucede? —le preguntó Vera, desconcertada, a su hijo mediano.

—Querías dar un pequeño discurso antes del segundo plato, mamá —le recordó él.

—Ah, sí. —Vera sonrió para disculparse—. Me había quedado absorta en mis pensamientos.

Se aclaró la voz y se puso de pie. Le había costado varias horas preparar la pequeña alocución, pero en ese momento decidió prescindir de sus notas.

—Me alegra que hayáis venido todos hoy aquí para celebrar conmigo este día —dijo con voz firme mientras miraba a los presentes—. En un día como hoy, la mayoría de las personas echan

la vista atrás para recordar su vida. Yo, sin embargo, prefiero ahorraros las batallitas de una anciana, porque a fin de cuentas ya sabéis todo lo que hay que saber de mí.

Como era de esperar, se oyeron unas breves risas. No obstante, antes de que Vera pudiera seguir hablando, la puerta que quedaba a su espalda se abrió y por ella entró un hombre que se mantuvo en un discreto segundo plano junto a la pared. Vera no podía distinguirlo bien sin gafas y notó, disgustada, que le temblaban las rodillas y empezaba a sudar. ¿Sería Thomas? ¿De verdad había tenido el descaro de presentarse allí ese día?

—¿Qué te ocurre, mamá? —preguntó Sigbert en voz baja.

Ella sacudió la cabeza con decisión y alcanzó enseguida su copa.

—¡Me alegro de teneros hoy aquí para celebrar mi cumpleaños! —dijo mientras pensaba desesperadamente qué hacer si al final ese hombre resultaba ser Thomas—. ¡Salud!

—¡Un brindis por mamá! —exclamó Jutta, levantando su copa—. ¡Feliz cumpleaños!

Todos levantaron sus copas y felicitaron a la homenajead. Justo entonces, el hombre que seguía de pie junto a Sigbert carraspeó. Vera volvió la cabeza con el corazón en un puño. ¡Era el propietario del castillo de Bodenstein, y no Thomas! Sintió alivio y decepción a la vez, y se sulfuró por la intensidad de sus emociones. La puerta doble del gran salón se abrió y los camareros del hotel del castillo entraron marchando para servir el segundo plato.

—Perdonen que los interrumpa —oyó Vera que decía el hombre en voz baja—, pero tenía que hacerles llegar este mensaje.

—Gracias. —Sigbert aceptó el papel y lo desdobló.

Vera vio cómo el color abandonaba su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmada—. ¿Qué te ocurre?

Sigbert levantó la vista.

—Es una nota del ama de llaves del tío Jossi —anunció sin inflexión en la voz—. Lo siento mucho, mamá. Precisamente hoy. El tío Jossi ha muerto.